

FISIOLOGÍA DEL GUSTO

J.A. BRILLAT-SAVARIN



PROLOGO DE NESTOR LUJAN

En diciembre de 1825, apenas dos meses antes del fallecimiento de su autor, Jean Anthelme Brillat-Savarin, el editor Auguste Sautelet había publicado en París, en dos tomos, con el pomposo subtítulo *Meditaciones de gastronomía trascendente*; obra teórica, histórica y puesta al día, dedicada a los gastrónomos parisienses por un profesor, miembro de diversas sociedades literarias y científicas, la *Fisiología del gusto*, que, aunque no llevara inicialmente y por deseo propio la firma de su autor, conocería un gran éxito y se convertiría en uno de los clásicos de la literatura gastronómica de todos los tiempos, como atestiguan sus numerosas y continuas ediciones. Merecedor de la atención de personajes de la talla de Balzac, Stendhal, Flaubert, Zola, Hoffman, Faulkner, Hemingway, Malraux, Einstein o Barthes, entre otros, está considerado como el tratado fundacional de lo que ha venido en llamarse gastronomía. En palabras de Néstor Luján, «el libro más inteligente y espiritual que se haya producido dentro de la gastronomía».

Autor de otros ensayos de naturaleza jurídica y política, Brillat-Savarin ocupó los últimos años de su vida en redactar esta obra dedicada a la alimentación; en 1822 escribe a un amigo: «En realidad a este libro vengo dándole vueltas desde hace bastante tiempo. Creo que lo tengo en la cabeza (...) y me gustaría verlo editado en 1824. Sospecho que podría llegar a ser un referente dentro y fuera de Francia». El resultado fue un libro apasionante y ciertamente abigarrado, donde se entremezclan las ciencias con la historia y las historias, las poesías y las anécdotas personales con las recetas, fórmulas magistrales y dietas, los aforismos y las narraciones que tienen a algunos productos alimenticios como protagonistas. Con esa fusión de géneros Brillat-Savarin logró ante todo un libro ameno, por más que, antes que entretener al lector, el autor, hijo de la Ilustración, persiguiese sentar las bases de lo que tenía por una nueva dis-

ciplina, la gastronomía, a la que quería revestir de análisis científico.

PRÓLOGO

Jean Anthelme Brillat-Savarin (1755-1826) es uno de los primeros escritores gastronómicos de la historia de la alimentación humana. Es decir, antes de Brillat-Savarin se escribieron libros de cocina, se escribieron recuerdos sobre gastronomía, pero no se hizo una filosofía de ella, ni se intentó teorizar sobre los valores de los alimentos ni, sobre todo, se intentó estructurar un arte, tan exquisitamente francés, que es el bien comer. Todo ello lo realiza amable y doctoral, Brillat-Savarin, en su obra única y excepcional, la *Fisiología del gusto*.

Brillat-Savarin con Grimod de la Reynière fueron quienes, a principios del siglo pasado, lanzaron la gastronomía como una bella arte y quienes pusieron la base al prestigio de la cocina francesa. Jean Anthelme Brillat-Savarin pertenecía, como el propio Grimod de la Reynière, a la alta burguesía. Si en el caso de Grimod eran financieros sus antepasados, en el de Brillat-Savarin era lo que se llamó la «noblesse de robe», es decir, la aristocracia de la administración de la justicia. Los cargos de las finanzas y de la justicia, como bien se sabe, eran venales, es decir, estaban a la venta y eran uno de los negocios de la corona, tanto la recaudación de impuestos, como la administración de las leyes.

Brillat-Savarin había nacido en Belley, en 1755, de una familia enriquecida por generaciones de ostentación de cargos judiciales. La región en que nació Brillat-Savarin — que ha permitido escribir un libro titulado *La table aupays*

de Brillat-Savarin publicado en 1892 por Lucien Tendret, abogado y gastrónomo (1825-1896) también natural de Belleme, como una exaltación a la gastronomía—, era la Bresse, donde el arte del bien comer ha sido tradicionalmente cultivado y de donde son naturales las suculentas «poulardes» y muy cerca están, rotundos, los grandes vinos de Borgoña. Brillat-Savarin empezó su carrera como juez y la continuó durante los primeros años de la Revolución Francesa: es decir, en 1789, siendo delegado por sus conciudadanos en los primeros Estados Generales, se hizo famoso por un discurso, desgraciadamente perdido, contra la abolición de la pena de muerte que debió ser fogoso y beligerante. Sin embargo, en 1792 fue revocado de todos sus cargos por considerársele ligado a las fuerzas conservadoras y acabó emigrando a América. Hizo, hasta cierto punto, el mismo camino que el príncipe de Talleyrand huyendo a los recién nacidos Estados Unidos de los excesos de la Revolución Francesa. Allí vivió de dar lecciones de francés y de su puesto como primer violín en la orquesta del John Street Theatre de Nueva York. Como el príncipe de Talleyrand, Brillat-Savarin creía que «quien no ha conocido los años anteriores a la Revolución Francesa no ha sabido lo que era la dulzura de vivir». Y gustó repetir la frase, nostálgico, hasta el fin de su vida.

En 1796 regresó a Francia y aunque se habían confiscado sus bienes y había perdido una de sus más queridas viñas borgoñonas consiguió pronto un cargo en el estado mayor del general Augerau, un cargo ligado, como no podía ser menos, con la intendencia. Rehizo un tanto su desbaratada fortuna y luego, a su regreso de las campañas de este general, que tenía que ser uno de los grandes mariscales de Napoleón, Brillat-Savarin fue nombrado juez de la «Cour de Cassation», cargo que conservó hasta su muerte. Esta sinecura le permitió, recuperados ya sus bienes patrimoniales, llevar una vida desahogada aunque siempre den-

tro de los límites de una honesta y bien entendida discreción.

Fue, al decir de sus contemporáneos, un hombre de gran apetito y pesadez de movimientos. Vivía en París, en la rué Richelieu, y recibía, ceremonioso, a sus invitados dignándose en ocasiones a cocinar, con la solemnidad requerida. En sus últimos tiempos —dicen— hablaba poco y comía mucho. Cuando tomaba la palabra, su conversación era tarda, indiferente y monótona. Así pasó por la vida el viejo magistrado solterón, dormitando después de comer en la mesa de Juliette Récamier, que era su prima, en la del príncipe de Talleyrand y en la del marqués de Cussy. Murió en 1826; cuatro meses antes había aparecido un libro, *Fisiología del gusto*, sin nombre del autor. Es el libro más inteligente y espiritual que haya producido la gastronomía. Júzuese la sorpresa al saberse que era de Brillat-Savarin, de aquel magistrado enorme y bovino, dormilón y de paso vacilante.

Fisiología del gusto es un título abreviado con el cual se le conoce en la posteridad: auténticamente se llamaba, a la moda de la época, *Fisiología del gusto o Meditaciones de gastronomía trascendente*. Como hemos dicho, el libro apareció sin firma de su autor, y tuvo un éxito extraordinario y súbito. No sólo por la manera de tratar la cuestión gastronómica, sino por un cierto primor de pedantería, de nuevo lenguaje técnico que inventó hasta cierto punto Brillat-Savarin y que encantó a la gente. Incluso el título, con la palabra «fisiología», daba un aire científico y solemne a la obra. Balzac, que fue un entusiasta de Brillat-Savarin, copió el título descaradamente en su libro *Fisiología del matrimonio*.

A pesar de ser *Fisiología del gusto* un clásico, un libro que, como clásico, recomiendo —porque yo encuentro que son menos aburridos los libros clásicos que la mayoría de libros que se editan ahora— fue frecuentada por la posteridad de lectores. Tuvo ataques y ya los mismos herederos

de Brillat-Savarin no lo apreciaron en gran cosa, puesto que se vendieron los derechos de la obra por mil quinientos francos —francos oro, es verdad—. Sin embargo, si la *Fisiología* ha tenido muchos detractores, tuvo también muchos entusiastas y el primero de ellos es Honoré de Balzac que llegó a considerar a Brillat-Savarin, no sólo como un gran gastrónomo y fundador de la literatura gastronómica —mérito que nadie le puede disputar, sólo Grimod de la Reynière—, sino como un gran escritor. Escribió Balzac: «Desde el siglo XVI, si se exceptúa la Bruyère y la Rochefoucault, ningún prosista ha sabido dar a la frase francesa un relieve tan vigoroso. Pero lo que distingue especialmente a la obra de Brillat-Savarin es el sentido humorístico bajo su benevolencia, carácter especial de la literatura francesa en la gran época que empieza cuando llegó a Francia Catalina de Médicis. Así puede resultar más placentera la segunda lectura de la *Fisiología del gusto* que la primera».

Los críticos disconformes fueron muchos. Ante todo sus contemporáneos: Grimod de la Reynière afectó no conocer a Brillat-Savarin, pues no le cita ni una sola vez en sus obras gastronómicas. Ciertamente es que Brillat-Savarin le devuelve la estocada ignorando la existencia de quien, con él, había sido claro origen de la literatura gastronómica. Algunos contemporáneos conspicuos, como digo, no gustaron del libro y apreciaron todavía menos al personaje. Por ejemplo, el marqués de Cussy, que fue gran chambelán de Napoleón, a pesar de ser loado en el libro, consideró siempre que Brillat-Savarin era un hombre de poca espiritualidad y personalmente de un aburrimiento total. Decía Cussy: «Comía copiosamente y mal, hablaba titubeando, sin ninguna vivacidad en la mirada y se dormía al fin de la comida». Igualmente el avieso Carême consideraba que Brillat-Savarin era un falso gastrónomo. Opinó Carême: «Ni Cambacères ni Brillat-Savarin supieron jamás comer, sólo llenaron el estómago». Ciertamente es que Carême, autor de una gastronomía arquitectónica y monumental, sólo elogió como gran *gour-*

met a su dueño, el príncipe de Talleyrand, y en este caso era una opinión interesada. Más tarde el libro ha sido criticado diversamente. Por ejemplo, a Charles Baudelaire le molestaba el estilo, la enorme tristeza que, según él, exhalaba la prosa lenta y pedante de un magistrado-gastrónomo. A Charles Montselet, gastrónomo de la segunda mitad del siglo XIX, le aturdiría la riqueza de la concepción gastronómica de Brillat-Savarin. Incluso un hombre de tanta calidad como Edouard Nignon, el gran cocinero que fue del «Hermitage» de San Petersburgo y de «Larue» en París, teórico de la cocina —el mejor quizá del siglo XIX, afirmaba que ningún plato de Brillat-Savarin era posible de realizar con la riqueza con que Brillat-Savarin lo formulaba.

Todo ello puede ser cierto. Sin embargo, yo recomendaría la constante lectura de la obra. No tiene nada del aburrimiento que los autores más avisados han querido ver en este libro. Es la obra más espiritual que se ha escrito sobre el arte de comer. Si quisiéramos hacer una comparación, es muchísimo más aburrida la *Fisiología del matrimonio* de Balzac, que el libro inmortal del gastrónomo. *Fisiología del gusto*, de la cual se han hecho infinidad de ediciones, a pesar de un vicio de la época que era la pedantería científica —que Brillat-Savarin maneja con una gracia dieciochesca de tal manera que no llega a molestar, sino todo lo contrario— es la obra de un gran narrador. Cuando el autor no traza algunos aforismos que han quedado como inmortales, no se extiende en unas teorías de tipo científico, médico e higiénico, sabe narrar como nadie. Pero lo que le ha hecho realmente único y eximio ha sido el hecho de que fuera el primer tratadista de gastronomía que considerara a este arte como una de las bellas artes y que la distinguiera en el lugar que ocupa hoy. Antes que Grimod de la Reynière, Brillat-Savarin proclamó que un escritor podía ocuparse del arte gastronómico de la simple culinaria incluso, sin perder ni su autoridad, ni su impecable calidad académica. Esto, unido con su filosofía del bien vivir, hace que se consi-

dere la *Fisiología* insustituible punto de partida para quienes nos ocupamos de estas delicadezas, porque nos ha enseñado muchas cosas sobre algo que siempre había sido desdeñado. Al gran teórico de la gastronomía se añade, como hemos dicho, el cincelador de aforismos, el gastrónomo práctico. Las recetas son difíciles de realizar, ciertamente, pero nunca por fallo de él, sino por desgracia de nuestros tiempos. Y al lado de tales méritos está el gran narrador. Ser buen narrador es una cosa muy importante, quizá la más importante que puede desearse en el oficio de las bellas letras. Fue el primer gran escritor gastronómico y lo sigue siendo.

Brillat-Savarin murió sin conocer el éxito de su libro. Seguramente le hubiera sorprendido por cuanto su obra estaba escrita, si bien con solemnidad, también con modestas ambiciones.

Falleció a una edad considerable, puesto que contaba setenta y un años. Esta edad, para la media de la época, era muy alta.

Como hemos dicho, físicamente, fue Brillat-Savarin un hombre vigoroso, alto, cuadrado y aunque permaneció siempre soltero, gustó del bello sexo, como entonces se decía, de las gentiles bailarinas y actrices, de las damas de virtud ligera. Hasta los últimos años de su vida vistió a la antigua, pasado de moda. En ello mantuvo los gustos de su juventud y ello hizo que pareciera un tanto extravagante. Fue, en el fondo, un monárquico, un hombre del «Ancien Régime», sin que la Revolución, el Terror, el Consulado, el Directorio y el Imperio le afectaran ideológicamente gran cosa. Llevaba, dijo un autor, «las flores de lis en el corazón» y en esta lealtad a los Borbones está precisamente el natural origen de su muerte. El 18 de enero de 1826 recibió una convocatoria del presidente de la Cour de Cassation para que asistiera a la misa conmemorativa que se celebraba en la Abadía de Saint-Denis en memoria de Luis XVI que había sido guillotinado el 21 de enero de 1793. En la invitación

para asistir al piadoso oficio, el presidente decía: «Vuestra presencia en esta ocasión, querido colega, nos será tanto más agradable porque será por primera vez». Esta primera vez debía ser para Brillat-Savarin la última, porque el magistrado tomó frío en las bóvedas de Saint-Denis, que era el edificio glacial de la realeza, y atrapó un resfriado que degeneró bien pronto en pulmonía. A la edad de Brillat-Savarin era muy difícil superar una pulmonía, y este hombre, de una salud de hierro, que había resistido comer una gruesa de ostras —doce docenas, ciento cuarenta y cuatro piezas— como simple aperitivo de una comida que durara tres horas, fue vencido por un vulgar resfriado.

Dejaba Brillat-Savarin este libro ilustre, la fórmula del «Oreiller de la Belle Aurore», la más suntuosa y compleja de toda la cocina de caza, que luego ha sido reproducida por su admirador, el citado gastrónomo Lucien Tendret. Y dejaba también memoria de su personalidad, un tanto opaca. Dejaba una hermana, Pierrette, que sobrevivió a su gloria, pues murió a los noventa y nueve años y diez meses, sentada a la mesa. A ésta sí la fulminó la apoplejía cuando *acababa* de gritar a la camarera: «Y ahora, hija mía, me queda poco tiempo: tráeme, por favor, los postres».

NÉSTOR LUJÁN

DIALOGO ENTRE EL AUTOR Y SU AMIGO

(Terminados los primeros saludos)

EL AMIGO. Hoy, durante el almuerzo, mi mujer y yo, en nuestra sabiduría, hemos decretado que a la mayor brevedad permitirá usted que se impriman las *Meditaciones gastronómicas*.

EL AUTOR. *Lo que la mujer manda, Dios lo quiere*. En estas ocho palabras está comprendida toda la ordenanza parisiense. Pero yo no correspondo a la parroquia; y un soltero...

EL AMIGO. ¡Pero qué importa! Los solteros son tan obedientes como los demás, y algunas veces con gran perjuicio nuestro. Mas en el caso actual el celibato no os puede salvar; porque mi esposa dice que tiene derecho de mandar ateniéndose a que las primeras páginas las escribió usted en nuestra casa de campo.

EL AUTOR. Tú, querido doctor, conoces mi condescendencia para con las señoras; más de una vez has alabado mi respeto y sumisión a mandatos femeninos; también decías, lo mismo que otros amigos, que yo sería un marido excelente... Pero, sin embargo, no quiero imprimir...

EL AMIGO. ¿Y por qué?

EL AUTOR. Porque estando dedicado a causa de mi carrera y ocupaciones a estudios serios, temo que quienes que sólo lean el título de mi libro, piensen que no me ocupo más que de paparruchas.

EL AMIGO. ¡Terror pánico! ¿Para asentar una reputación contraria, no están ahí vuestros treinta y seis años de carrera pública y honrosa? Por otra parte, creemos mi mujer y yo que todos querrán leer el trabajo de usted.

EL AUTOR. ¿Verdaderamente?

EL AMIGO. Los literatos eruditos leerán ese libro para adivinar y aprender lo que usted meramente indica.

EL AUTOR. Eso podría muy bien suceder.

EL AMIGO. Las mujeres lo leerán, porque podrán ver que...

EL AUTOR. Querido amigo, soy viejo y no me separo de lo que la prudencia aconseja: *Miserere mei*.

EL AMIGO. Los gastrónomos leerán esa obra, porque usted les hace justicia, y porque en ella se establece al fin el lugar social que les corresponde.

EL AUTOR. Lo que es ahora, dices la verdad. ¡No se concibe que tanto tiempo ignorase el mundo la significación de personas tan apreciables! Tengo entrañas de padre para los gastrónomos; ¡son tan guapos y tienen los ojos tan brillantes!

EL AMIGO. Además, frecuentemente nos ha dicho usted que faltaba en nuestras bibliotecas un libro como el que ha escrito.

EL AUTOR. Lo he dicho, el hecho es cierto, y me dejaría estrangular antes de sostener otra cosa.

EL AMIGO. Siendo tales palabras de persona que está plenamente convencida, va usted a venir a casa...

EL AUTOR. ¡Eso no! Si el oficio de autor tiene dulzuras, también tiene espinas; y todo lo lego a mis herederos.

EL AMIGO. Pero así deshereda a sus amigos, a sus conocidos, a sus contemporáneos, y ¿tendrá usted valor para tanto?

EL AUTOR. ¡Qué me importan mis herederos! Esos herederos, ¿qué significan? No sé quién ha dicho que las sombras reciben con regularidad lisonjas de los vivos; y lo que yo deseo reservarme para el otro mundo es cierta especie de beatitud.

EL AMIGO. Pero ¿quién puede tener la seguridad de que las alabanzas llegarán a su destino? ¿Puede usted confiar en la escrupulosidad y exactitud de los herederos?

EL AUTOR. No puedo, en manera alguna, abrigar la más leve razón para creer que omitan el cumplimiento de una obligación a cambio de la cual les dispensaré muchas otras.

EL AMIGO. ¿Cómo van a tener, cómo tendrán, aunque quieran, ese amor de padre, ese cuidado de autor, sin los cuales aparecen siempre las obras impresas hasta cierto punto desairadas?

EL AUTOR. Mi manuscrito estará corregido, puesto en limpio y bien arreglado en todos conceptos, y únicamente faltará quien lo imprima.

EL AMIGO. ¿Y dónde deja usted el capítulo relativo a los aciagos acontecimientos? Omisiones de tal naturaleza han producido la pérdida de obras preciosas, entre las cuales le puedo citar la del famoso Lecat sobre el esta-

do del alma durante el sueño, trabajo al cual consagró su vida entera.

EL AUTOR. Indudablemente la pérdida fue grande; pero estoy muy remoto de aspirar a semejante compasión.

EL AMIGO. Crea usted que los herederos tienen bastantes negocios de qué ocuparse con las cosas de iglesia, de justicia, médicos, y con sus propios asuntos; y aunque no les falte la voluntad, carecerán de tiempo para dedicarse a los diversos cuidados que preceden, acompañan y siguen a la publicación de un libro, por muy escaso volumen que tenga.

EL AUTOR. Pero ¿dónde dejamos el título y el asunto mismo? ¿Quién asegura que ambos no se pondrán en ridículo?

EL AMIGO. La palabra *gastronomía* por sí sola excita la atención general, la materia está de moda, y los satíricos son tan gastrónomos como todo el mundo. Esto puede servir para tranquilizarlo a usted; y por otra parte nadie ignora que los personajes más graves han escrito obras ligeras. El presidente Montesquieu es un ejemplo^[1].

EL AUTOR (*con viveza*). ¡Es muy cierto! Ha escrito *El Templo de Gnido*, y se demuestra fácilmente que existe utilidad más verdadera meditando sobre lo que simultáneamente es la necesidad, el placer y la ocupación general cotidiana, que describiendo lo que, transcurridos dos mil años, hacían o decían un par de mocosos, de los cuales el uno perseguía al otro en los bosques de Grecia, cuando el perseguido no tenía maldita la gana de fugarse.

EL AMIGO. ¿Cede usted al fin?

EL AUTOR. ¡Yo!, no por cierto; no hay más sino que se ha descubierto el extremo de la oreja del autor. Esto me recuerda una escena de un drama inglés que me divirtió

mucho; creo que es de la obra titulada *The natural Daughter* (La hija natural). Tú juzgarás^[2].

Se nos presentan cuáqueros, y ya sabes que los que profesan el dogma de esa secta tutean a todo el mundo, llevan trajes modestos, jamás van a la guerra, nunca juran, obran flemáticamente y, sobre todo, en ninguna ocasión montan en cólera.

El héroe del drama es un cuáquero joven y hermoso, que se presenta en la escena con traje pardo, su gran sombrero chato y el pelo liso; todo esto, por supuesto, no impide que esté enamorado.

Aparece como rival suyo un fatuo, que envalentonado por aquella presencia y por la tranquilidad que la acompañaba, se burla de él, escarneciéndole y ultrajándole hasta tal punto, que nuestro joven, acalorándose poco a poco, se llena de furia y planta un bofetón mayúsculo sobre el impertinente provocador.

Sacudido el bofetón vuelve a su estado habitual de compostura y recogimiento, diciendo en tono afligido: «¡Ay de mí! Creo que la carne ha podido más que el espíritu».

Lo mismo digo yo, y después de un pronto que debe perdonarse, vuelvo a mi opinión primitiva.

EL AMIGO. No admito eso; por confesión propia ha enseñado usted la punta de la oreja, veo por donde cogerle y, agarrándole, voy a conducirlo a casa del librero. Además, tengo que anunciar que varias personas han descubierto el secreto.

EL AUTOR. No te atreverás a tanto; porque hablaré de ti, y ¡quién sabe qué cosas contaré!

EL AMIGO. ¿Qué puede usted contar de mí? No crea que va a meterme miedo.

EL AUTOR. No diré que nuestra misma patria^[3] tiene la gloria de haberte visto nacer; que a los veinticuatro años te-